

ACRACIA O REPÚBLICA
Anselmo Lorenzo

ACRACIA Ó REPÚBLICA

REPUTACIÓN

AL DISCURSO PRONUNCIADO POR D. LUIS CARRERAS
EL DÍA 20 DE FEBRERO DE 1886
EN LA FIESTA DEL CÍRCULO DEMOCRÁTICO FEDERAL INSTRUCTIVO
DE SABADELL

DEDICADA

Á LOS OBREROS SABADELLENSES

POR

A. LORENZO

Precio: 25 cénts. peseta

SABADELL

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE JUAN COMAS FAURA

18. CALLE DE CATALUNYA
1886

ACRACIA O REPÚBLICA

REFUTACIÓN AL DISCURSO PRONUNCIADO POR D. LUIS
CARRERAS EL DÍA 20 DE FEBRERO DE 1886 EN LA FIESTA DEL
CÍRCULO DEMOCRÁTICO FEDERAL INSTRUCTIVO DE SABADELL

DEDICADA A LOS OBREROS SABADELLENSES POR A. LORENZO

Precio: 25 cénts. peseta

SABADELL

Imprenta y Litografía de Juan Comas Faura

18, Calle de Capmany 18

1886

PRECIOS DE ESTE FOLLETO

Ejemplar suelto, 25 cénts. pta.

Paquete de 25 ejemplares, 5 pesetas

Los pedidos diríjense a Francisco Fó, calle de Illa, número 19, Sabadell.— En Barcelona a Antonio Serra Furnells, Sepúlveda, 190, 2º, 2ª

Se suplica el giro de las letras a Barcelona.

Los pedidos de paquetes que se hagan por conducto de asociaciones obreras se servirán a razón de 30 ejemplares 5 pesetas.

No se servirá ningún pedido que no vaya acompañado de su importe.

Trabajadores de Sabadell:

El día 20 de Febrero del corriente año quedó plantada, con motivo de la fiesta del Círculo Democrático Federal Instructivo en Sabadell, la semilla del error. A que no fructifique se dirige la presente. No quiero usar ningún artificio de lenguaje, ni podría usarle aunque quisiera: soy obrero como vosotros, dedico también las horas del día al trabajo, víctima de la explotación y del salario, y en estas condiciones no se aprenden retóricas, y por esto sólo pretendo dirigirme a vuestra razón, ante la cual deseo que resulte la más completa y perfecta evidencia. El asunto es serio y vale la pena: si los errores y falsedades que en aquel día os enseñó D. Luis Carreras no fuesen destruidos por la verdad, quedaríais anulados para la lucha entablada entre el progreso de una parte, y la reacción o cuando menos la inmovilidad por otra, lucha en que todo hombre digno ha de tomar parte, y es necesario ir o con la república al retroceso o al estancamiento, o con la acracia a la revolución social y a la reintegración de nuestro derecho en el patrimonio universal.

Veamos ahora la argumentación del Sr. Carreras:

“El anarquismo y el colectivismo son dos doctrinas de progreso”.

Una doctrina de progreso ha de ser necesariamente un paso futuro por donde la humanidad ha de pasar en su marcha constante hacia el progreso indefinido; ha de ser como una previsión científica de lo que ha de suceder. Si no significa esto la frase del Sr. Carreras, no significa nada.

La afirmación que estudiamos tiene un *pero*, y desgraciada afirmación la que se adiciona con esa palabra dubitativa o cuando menos

condicional; o más bien, desgraciada la convicción de un hombre cuando ha de ponersele *peros*.

Veamos el valor que da a esta afirmación:

Dice luego: “No dudéis un momento de la exactitud de la pintura que los anarquistas hacen de nuestra sociedad; pues por horrible que esta pintura sea, por exagerada que parezca, dista mucho de llegar a la estricta realidad”. Confirma esta pintura con colores bastante acentuados hasta el punto de decir que “el régimen en que vivimos no es una civilización sino una barbarie”, y continúa: “¿Pero acabará esa barbarie instituyéndose el orden predicado por los anarquistas? Respecto de lo económico no hallo que sea del todo imposible, porque hoy mismo en los confines de la Arabia hay muchos municipios mahometanos que viven bajo un régimen parecido, en Rusia existen propiedades municipales organizadas de un modo casi igual, y en China la propiedad, si no es colectiva, no se aparta sustancialmente de todo eso. Respecto de las instituciones políticas que enseñan los anarquistas cabe decir que se impondrían de un modo muy natural si un día, desaparecidas las fronteras políticas que hoy separan las naciones entre sí, abolidas las guerras, acabadas las ambiciones de las oligarquías, de las aristocracias y de las teocracias, y derrumbado el feudalismo industrial que en el mundo civilizado impera, la gran familia humana viviese, en santa paz y concordia, de su trabajo y de las especulaciones de la inteligencia, sin que ninguna fracción de ella aspirase ni pudiese aspirar a conquistar a otra, y vivir sin hacer nada del trabajo de ella. (*Grandes aplausos.*)”

Ya habéis visto el *pero* que el Sr. Carreras pone a la anarquía y al colectivismo, vosotros los que habéis saludado con grandes aplausos la

fraseología del orador, resolveréis la contradicción que existe entre declarar una aspiración doctrina de progreso y señalar esa misma doctrina como practicándose en países tan atrasados como los confines de la Arabia y la China. En este pasaje, el que no lo ha oído pronunciar y lo lee, y no se halla bajo la influencia de la oratoria sino que aplica el raciocinio a desentrañar el verdadero significado, sólo puede hallar lo que verdaderamente significa, a saber: los colectivistas desean para emanciparse organizar la propiedad del mismo modo que lo está en países donde reina el despotismo, y yo con mayor conocimiento, me burlo de ellos y llamo a eso doctrina de progreso. Lo mismo hace con la anarquía, doctrina de progreso también, según vuestro maestro: “si desaparecen las fronteras, se acaban las guerras, las ambiciones, etc., etc.”; es decir, si se reúne un conjunto de circunstancias que él tiene por imposible de reunir en un momento dado y mucho menos como estado permanente de la humanidad, entonces será posible la anarquía. Por consecuencia la barbarie de la sociedad presente no puede desaparecer con el colectivismo y la anarquía, porque así lo afirma el Sr. Carreras.

“El anarquismo no es la solución del problema social”. “Para que el problema social esté resuelto no hay ninguna necesidad de que todas las agrupaciones humanas sean colectivistas”. Esto dice el oráculo, y añade luego con aquella suficiencia magistral que acostumbra desplegar desde las columnas de *El Diluvio*: “No veo en el modo de llevar a cabo la transformación social, las grandes dificultades que otros hallan. Yo creo la cuestión social muy sencilla”. No quiero recordaros los elementos que el gran talento del Sr. Carreras amontona para allanar esas dificultades; si lo habéis olvidado no perderéis gran cosa. Sólo diré que involuntariamente me ha acudido a la memoria aquel pasaje del *Quijote* en que el héroe

manchego, discutiendo con el cura y el barbero sobre política internacional, dice: “Pues mi arbitrio, ni es imposible, ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. ¿Hay más sino mandar su majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco?” o lo que viene a ser lo mismo: adopten los obreros la república democrática federal, convóquense por el sufragio a todos los republicanos andantes que hay en España, y tales pueden venir que hagan de este país un paraíso. Muy poco honor hace el Sr. Carreras a vuestra ilustración, trabajadores de Sabadell, cuando cree que ignoráis que la república democrática federal tiene probado por largos años de práctica en Suiza y en el Norte y Sur de América que no resuelve la cuestión social; antes al contrario las mismas libertades concedidas a la generalidad de los ciudadanos, sirven para que los detentadores de la riqueza natural y de la riqueza producida tengan más medios de oprimir y espoliar a los despojados proletarios. Por eso es allí mayor el capitalismo; en ningún país del mundo hay compañías industriales tan grandes ni fortunas individuales tan enormes como en los Estados Unidos, y en perfecta reciprocidad la cifra del pauperismo se eleva a un punto espantoso; porque como decía Voltaire, “si a cada habitante del planeta corresponden 40 escudos como su parte de la valoración total, tantas veces como el número 40 esté comprendido en el valor que represente la posesión de un rico, será la medida de la miseria de los pobres y de la injusticia en que está basada una sociedad”. Con este criterio podéis juzgar, trabajadores de Sabadell, las repúblicas federales de Suiza, Estados Unidos, Méjico, Venezuela y demás repúblicas hispano-

americanas; y si no os basta esto, ved las grandes luchas que en la república modelo vienen sosteniéndose entre el capital y el trabajo, entre grandes compañías de propietarios poseedores cada uno de capitales más grandes que la riqueza de muchas ciudades, y los obreros reducidos a morirse de hambre por las calles o envilecidos en esos hospitales que el misticismo ha creado para evitar el mal de uno y perpetuar el mal de muchos.

Para que juzguéis en vista de datos, ved los que publica un periódico americano, el *New York Commercial Agency*: “En 21 Estados de la Unión americana las fábricas ocupan al presente 2.100.479 obreros, o sea 350.000 menos que en 1880, a pesar del gran aumento de población. De 272 fábricas de algodón, se han cerrado 36, de 187 de lana, han desaparecido 55. Las fábricas de New England han despedido 21.000 obreros, y en Lowell County (Massachusetts), 2.300. En la industria textil las fábricas sólo trabajan la tercera parte del tiempo normal y en el Estado de Nueva York hay actualmente 14.000 obreros sin trabajo. Los salarios han sufrido considerables reducciones. De 1.417 fábricas de la provincia de Ontario, se han cerrado 74 y quedan 3.089 obreros despedidos y 2.470 a medio jornal. En la agricultura la situación es idéntica. Los caminos vense inundados de bandas de obreros sin trabajo que recorren el país buscando colocación y mendigando”.

En Suiza, en la federal Suiza, según *Le Paupérisme en Suisse*, por Niederer, “de 2.654.454 habitantes, sin incluir la población flotante, hay 180.342 individuos sostenidos por la asistencia pública, o sea más de *un* habitante por *quince*, y en Basilea, la ciudad de los millonarios, es espantosa la proporción, hay *un* pobre por cada *cuatro* que no lo sean”. “En aquel país la emigración se presenta como un recurso, y algunos

ayuntamientos facilitan medios a los emigrantes, llegando la emigración a representar el 10 por 100 de la población sedentaria. En 1880 los suizos expatriados llegaban a 250.000, y la población total de Suiza era menos de 2.670.000 habitantes”. (E. Reclus, *Geographie universelle*) “Según datos oficiales, los obreros suizos no tienen lo suficiente ni respecto al alimento, ni al vestido, ni a la habitación, viven amontonados en habitaciones mal ventiladas y respirando un aire insano... y mueren generalmente más jóvenes que en otros países”. (Lavollée, *Les classes ouvrières en Suisse*.)

Sí, trabajadores de Sabadell, mientras se tolere que lo que es de todos pueda ser acaparado por unos pocos, bajo cualquier régimen político que sea, siempre se cometerá una infamia social, y esta infamia, ya lo veis, lo mismo la comete la república federal que el despótico gobierno del czar de todas las Rusias, quizá menos este último, porque ya sabéis, según os lo ha dicho el maestro, que en Rusia existe la propiedad colectiva.

Pero si las repúblicas federales existentes han agravado la cuestión social en lugar de resolverla, ¿podemos esperar de los federales españoles mayor inteligencia y buena fe en asunto tan importante que los que tuvieron los legisladores de aquellos países? Pi y Margall ha escrito las siguientes palabras en su folleto *La República de 1873* para vindicarse de los cargos que se le hicieron por su gestión política en el poder: “Por cada hombre leal, he encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos”. Y con estos elementos han de realizarse todas las promesas que el Sr. Carreras ha tenido a bien prometeros con la misma seguridad que un párroco promete la gloria eterna para un alma del purgatorio al que le da

unas cuantas pesetas para misas.

Si los federales de otros países han agravado más la situación de los trabajadores acentuando hasta lo sumo el capitalismo por un lado y el pauperismo por otro, no son los republicanos españoles, *entre los cuales hay diez traidores por un leal y cien ingratos por un agradecido*, según afirma el Sr. Pi y Margall, los destinados a dar a España un gobierno que dé la lluvia y el buen tiempo sin necesidad de rogativas. Antes por el contrario, tened por seguro que vuestra legítima impaciencia por salir del estado miserable en que os halláis será calificada de facciosa y perturbadora, y entonces podrá el Sr. Pi y Margall o quien tenga la misión de hacernos felices repetir estas palabras que aquel manso ministro de la Gobernación dijo al general Ripoll: “Tranquilice V. a los tímidos, modere a los impacientes, manifiésteles que con sus eternas conspiraciones y frecuentes desórdenes están matando la República. Mantenga V. siempre alta su autoridad; pero en los conflictos que surjan, no se desdeñe V. nunca de apelar ante todo a la persuasión y al consejo. Cuando éstos no basten, *no vacile V. en caer con energía sobre los rebeldes*”.

Teniendo en cuenta que “cuesta más deshacer una cosa hecha que hacer después lo que oportunamente no se hizo”, recomienda el Sr. Carreras al partido federal de Sabadell que “si un día se ve llevado a formar una de aquellas juntas que tan alto lugar han ocupado siempre en las revoluciones de España, no vacile en seguir sus propias convicciones y sentimientos proclamando... etc.”, en lo cual estamos conformes, aunque esto no sea ni con mucho motivo bastante para que los trabajadores dejen de ser anárquico-colectivistas para descender a republicanos, porque si tal hicieseis acariciando aquella esperanza, pudiera ser que un ministro de la futura república repitiera estas palabras,

también del honorable jefe del federalismo español: “Di al punto las más apremiantes y severas órdenes para *dissolver las juntas* y reponer los ayuntamientos. Hice que *se amenazara con la fuerza* a los que se negasen a obedecerlas. Y casi sin hacer otra cosa que enseñar a los más rebeldes *las bayonetas del ejercito*, logré en días el restablecimiento del orden”.

El consejo del Sr. Carreras sobre las juntas revolucionarias me recuerda estas palabras del Sr. Pi: “*en todos los cambios políticos algo bruscos se apodera de los pueblos cierta actividad febril que es preciso ocupar en algo, si no se quiere que la vuelvan contra el gobierno.* Ocupémosla, decía yo, en la elección de los cuerpos municipales y provinciales y tendremos la seguridad de llevar la nación sin violencias ni trastornos a las Cortes Constituyentes”. Despierte el Sr. Carreras la actividad política de los republicanos de Sabadell, que ya vendrá un ministro hábil que les *ocupe en algo*, convirtiéndolos en ardillas y separándolos de la acción revolucionaria, considerada por los futuros gobernantes, lo mismo que por los pasados, como perturbadora y facciosa.

“¿Acaso las sociedades pasan, han pasado ni pasarán nunca de un extremo a otro de su vida económica sino por medio de la política?” Pregunta capital, argumento irrefutable que el Sr. Carreras opone a la propaganda anarquista. “Por la política se redimió nuestra burguesía actual de la esclavitud económica en que la tenían la monarquía, la aristocracia y la teocracia”. No es cierto, señor Carreras; no es cierto, trabajadores de Sabadell: la burguesía se emancipó por la revolución, no por la política. No fue por la ciencia, arte, o artificio de gobernar a los pueblos, como los oprimidos de todos los tiempos derribaron a sus

opresores, sino por la instrucción, que les enseñaba sus derechos; por la conspiración, que reunía sus fuerzas, y por la lucha, que les daba la victoria. Y quiero conceder al Sr. Carreras y a cuantos como él se hallen obcecados por la política, ya que esta palabra tiene en el concepto vulgar una acepción falsa, que la política obró esos milagros que dicen, y haré más: afirmaré que los trabajadores quieren la política, tienen una política, cuyo objetivo es ya bien conocido: la toma de posesión de su parte en el patrimonio universal, detentado hasta hoy, en perjuicio nuestro, por los privilegiados, y la destrucción del salario y de la explotación.

Los que os llaman a la política, trabajadores de Sabadell, quieren separaros de vuestra política, quieren anularos como clase, quieren anular vuestro ideal de emancipación, se oponen a que vosotros aspiréis a redimiros del salario, a emanciparos de la eterna obediencia, a abriros el campo del saber, a desarrollar todas las bellas disposiciones que la naturaleza puso en vosotros y que la explotación atrofia, quieren, no más, ataros al carro de su orgullo, de su superioridad y de su soberbia para que solo hagáis acto de soberanía el día de las elecciones votándolos para que os manden. Hoy el proletariado universal, a pesar de las diferencias de escuela que le dividen, esta conforme y unánime en una cosa: en la agrupación de los trabajadores fuera, absolutamente fuera, de todo partido burgués; porque la burguesía ha perdido ya todo ideal generoso: habiendo alcanzado por la revolución el puesto más elevado que antes ocupaban los curas y los nobles, se encuentra bien, y no le importan los sufrimientos de los oprimidos, antes bien los exagera si esto le produce un céntimo más en el precio del metro de tela que elabora su fábrica, y para asegurar la tranquila posesión de las gangas sociales que disfruta inventa democracias, elabora repúblicas y promete ilusorios

derechos para que distraídos nosotros, como necio corrillo de curiosos que admira a un prestidigitador callejero, no veamos el verdadero juego y nos pase desapercibido el escamoteo.

Puede el Sr. Carreras creer de buena fe a los anarquistas que predicán el alejamiento de los partidos políticos, aunque luego trate de hacerlos aborrecibles comparándolos con el Santo Oficio, comparación odiosa y con perverso artificio presentada, que por mi parte le niego esa buena fe; antes me parece que por mantener los privilegios de los hombres de talento, de los hombres sabios, a cuya categoría se cree pertenecer y sin duda pertenece, quiere anular las aspiraciones revolucionarias de los trabajadores y mantenerlos bajo el desprecio y la tutela de los sabios y la humillación y dependencia de los poderosos.

Los sabios suelen tener una hora tonta, y en ésta debió cogerle aquel anarquista que allá por el año 1870 le profetizó que dentro de cuatro años sería un hecho el triunfo del anarquismo. Si la anécdota es cierta, el anarquista le dio un bromazo, del cual debe haberse consolado al ver que aun no se ha establecido aquella nivelación que borra individualidades tan brillantes como la del Sr. Carreras; y no diré más de tan ridículo argumento.

El Sr. Carreras sabe que “Bakounine había imaginado llevar a cabo la revolución social por medio de un partido internacionalista que, verificando en un momento dado y *bajo su dirección* un movimiento...”; “Bakounine era positivamente político”; “el plan de Bakounine estaba verdaderamente inspirado en la historia de la teocracia católica y romana”; “el sitio *directivo* del movimiento internacional lo estableció Bakounine en Suiza, donde gozaba de toda independencia, sin perjuicio

de establecerlo en otra parte cuando le conviniese, y por eso organizó en el resto de Europa una serie de sociedades internacionales, cuyos actos *obedecían* a un solo interés y a un solo pensamiento...” Cansado de copiar inexactitudes de poco alcance, indignas de un hombre que tanto sabe, sólo replicaré con estas tres afirmaciones: Bakounine no era político, no quería un cambio de forma de gobierno para establecer otra, no podía querer por consiguiente que cambiase de forma el envilecimiento de los gobernados que todos los políticos quieren eternizar variando las circunstancias y la manera de mandar, de gobernar. Bakounine no tuvo *bajo su dirección* ninguna clase de agrupación ni estableció sitio *directivo alguno*, porque era anarquista de veras y además hombre de rectitud suficiente para no querer una cosa y cubrirla hipócritamente con apariencia distinta. Bakounine no fundó sociedades internacionales, las encontró ya formadas por otro hombre no menos eminente a quien el Sr. Carreras no nombra, por Karl Marx, a pesar de que no ignora quién este hombre era y qué parte tuvo en la fundación de la Internacional.

Por estas tres afirmaciones que no he de apoyar en más argumentos, porque sé que la mayoría de vosotros, trabajadores de Sabadell, estáis al corriente del movimiento socialista moderno, se vé que el Sr. Carreras ha querido induciros de un modo que no hace honor a vuestra cultura porque os cree bastante cándidos para dejaros engañar, a separaros del socialismo revolucionario para llevaros al campo burgués, a votar burgueses cuando os lo manden y a ser buenos chicos en toda la extensión de la palabra.

Continúa el Sr. Carreras: “No tengáis, pues, el menor escrúpulo en mirar como hermanos vuestros a los anarquistas, ni en estrecharles cordialmente la mano, como a personas que quieren en sustancia lo que

vosotros mismos deseáis”. Tampoco los ácratas o anarquistas se desdeñan de estrechar la mano a nadie porque piense de distinto modo, tienen ya educación bastante para respetar el pensamiento; pero no es verdad que los republicanos quieran lo mismo que los ácratas: los unos quieren el gobierno de la república, los otros no quieren ser gobernados por nadie, sólo quieren regirse por la propia conciencia. Convencidos de que los gobiernos han entorpecido y perturbado constantemente el desenvolvimiento de las energías individuales, quieren los ácratas la supresión del Estado, mientras los republicanos quieren sólo que el gobierno cambie de nombre y sus atribuciones tengan tal o cual diferencia que en nada altera la indignidad esencial de la sumisión al gobernante. Y quieren esto los ácratas porque saben que el gobierno no es una necesidad, no es una circunstancia esencial de la sociedad humana, sino un producto artificial de los fuertes y los astutos contra los débiles y los ignorantes. Si en la opinión de hombres respetables hemos de apoyarnos para sostener la nuestra, trabajadores de Sabadell, yo conozco la opinión de un hombre más sabio aun que el Sr. Carreras, que ha escrito lo siguiente: “Sea o no cierto que el hombre es hijo de la iniquidad y está concebido en el pecado, es indudable que el gobierno ha nacido de la agresión y por la agresión. En las pequeñas sociedades no desenvueltas, donde ha reinado por espacio de siglos una paz completa, nada parecido existe a lo que llamamos gobierno; no hay en ellas ninguna organización coercitiva, sino todo lo más alguna supremacía honoraria. En estas comunidades excepcionales que no son agresivas y que por causas especiales se ven libres de toda agresión, son tan raras las desviaciones de las virtudes fundamentales, veracidad, honradez, justicia y generosidad, que basta que la opinión se manifieste de vez en cuando en asamblea de ancianos convocados a intervalos irregulares. En cambio,

hay pruebas de que la autoridad de un jefe, reconocida en un principio temporalmente durante una guerra, se establece de un modo permanente si el estado de guerra se prolonga y se robustece cuando una agresión afortunada termina con la sumisión de las tribus inmediatas". "No se debe al Estado esa inmensa multitud de inventos útiles, desde la azada hasta el teléfono; no es el Estado el autor de los descubrimientos en física, en química y en las demás ciencias, base de las manufacturas modernas; no ha imaginado el Estado esos mecanismos que sirven para fabricar objetos de todas clases, para transportar hombres y cosas de un lugar a otro y contribuyen por mil maneras a nuestra comodidad... *Todo esto es resultado de la actividad espontánea de los individuos, aislados o en grupo*". Esto opina Spencer, sabio de veras, aunque versado en estudios que no pueden llevarle a dar producciones literarias como *Elvira, El Casamiento infame* y otras que han alcanzado al Sr. Carreras nombre poco envidiable en la república de las letras.

Si los ácratas y los republicanos pueden fraternizar como hombres, existe entre ambos como pensadores una distancia inmensa, consistente en que para los republicanos, como para todos los políticos liberales, el Estado, la nación, es el conjunto de todos los ciudadanos, sea cualquiera su jerarquía social, dejando aparte las diferencias de estado, de posición, de fortuna, de instrucción; para el ácrata no hay nación, no hay Estado, no hay ciudadanos, sólo hay productores organizados para la producción: no hay autoridad, sólo hay organismos sociales destinados a efectuar la administración, cambio y transporte de los productos, los servicios públicos, la policía, higiene, etc.

Trabajadores de Sabadell, sed republicanos federales los que creáis que debe existir aun la apropiación injusta de lo que es de todos, los que

creáis que los despojados deben someterse ante los propietarios del patrimonio universal, los que creáis que el salario compensa vuestro despojo, pero no creáis al Sr. Carreras, los ácratas no queremos eso. Antes de cumplir el encargo que os hace de que nos inspiréis “la convicción de que el partido federal nos sacará de la esclavitud del proletariado y volverá a hacernos hombres libres”, leed el Mensaje del Consejo a la Asamblea federal de Zaragoza, que lleva la firma del Sr. Pi y Margall, y veréis que *“la República federal no haría poco si procurase el desarrollo intelectual de los jornaleros, garantizase la justa cifra de los salarios...”*; es decir, seríais jornaleros siempre, y ya trataría de ilustraros, y en cuanto a *garantir la justa cifra de los salarios*, podéis creer lo que gustéis, pero no pasa de ser una frase vana, indigna de un hombre como el Sr. Pi y de una asamblea popular.

Lo que seguramente encontraríais en lugar de esas mentidas garantías sería motivos sobrados para que una corporación obrera pudiese publicar un documento análogo al que os recuerdo por los siguientes párrafos que transcribo del Manifiesto que la Comisión Federal de la Asociación Internacional de los Trabajadores publicó con fecha 14 de Julio de 1873:

“En Paradas, declarada una huelga de los trabajadores del campo, y una vez triunfante ésta, la clase media, ayudada por el alcalde y con la calumnia por arma, asaltó y cerró, destrozando lo que en él había, el local de la Asociación...”

En Carmona, a consecuencia de la huelga de los trabajadores agricultores, salieron de aquella localidad los burgueses conocidos por los hermanos Sanjuanistas y marcharon a Málaga en busca de obreros, diciendo que en Carmona no había brazos, y habiendo acordado los obre-

ros participar esta determinación a sus compañeros de las inmediaciones, y que para ello salieran diferentes comisiones con dicho objeto, el alcalde dio orden y armas que en su poder tenía a asalariados buscados expresamente para que prendieran a los individuos que formaban parte de dichas comisiones, y en tanto que estos mercenarios cumplían estas órdenes, el alcalde con los municipales asaltó el local de la sociedad, destrozando los muebles e incautándose de fondos y documentos, y como resultado la prisión de cuarenta y dos trabajadores.

En Sevilla, las autoridades, tomando pretexto de las repugnantes y ambiciosas luchas intestinas del partido republicano, prenden y persiguen a los obreros asociados que para nada se mezclan en tales miserias.

En Sanlúcar de Barrameda, el alcalde, para secundar los planes de la explotación burguesa, cierra el local de la Asociación y provoca las iras de los obreros con sus amenazas y ataques a los derechos individuales. Vienen comisiones reclamando del ministro de Gobernación se les devuelva el uso de sus derechos abriendo el local tan arbitrariamente cerrado, y el Sr. Pi promete lo que después no cumple: se procura una interpelación en el Congreso sobre estos hechos y el Sr. Pi contesta para obrar después de distinto modo, por cuya razón y ante la convicción de que la conducta del Gobierno obedece a un plan de proscripción contra nuestra Asociación, los obreros de Sanlúcar destituyen las autoridades locales, nombran otras que las sustituyan y vuelven a abrir el local de la Asociación.

En Valencia se prende y maltrata a los encargados de los trabajos administrativos de la huelga, y se prohíben las reuniones de los obreros aun después de autorizados por el gobernador, y una parte de la Milicia

se convierte en policía secreta para prender trabajadores por el delito de declararse en huelga.

En Jerez es asaltado por la autoridad el local de la Asociación de panaderos y agricultores, apoderándose de los documentos de la misma, lo cual produjo una indignación general que llega hasta el punto de obligar a dimitir las autoridades que tan cínicamente habían provocado un conflicto, que no estalla merced a la última determinación de las mismas.

Y por último, en Alcoy se declara una huelga general de todos los oficios en demanda de aumento de jornal y reducción de horas de trabajo. El alcalde, que conocía perfectamente el objeto de la huelga, dio la seguridad de que permanecería neutral, a fin de que obreros y patronos pudieran entenderse libremente.

El mismo día, y a consecuencia de conferencias con algunos fabricantes, publicó una hoja que sentimos no poder reproducir, insultando y calumniando a los obreros y poniéndose al lado de algunos fabricantes, destruyendo el derecho y la libertad de los huelguistas y provocando el conflicto.

Sin embargo, los obreros de Alcoy, sorprendidos de semejante cambio, tan brusco como incalificable, nombraron una comisión de su seno para manifestar al ayuntamiento que si no estaba dispuesto a conservar una completa neutralidad en los pacíficos asuntos de la huelga, conforme había manifestado y prometido, lo conveniente a fin de evitar un conflicto era que presentase la dimisión de sus cargos, pues que la incomprensible conducta de la autoridad había producido una grande e inevitable efervescencia.

Inútiles fueron las razones y explicaciones de la situación que la comisión hizo, pues al salir ésta por las puertas de la casa consistorial, los dependientes de la autoridad hicieron una descarga, hiriendo y asesinando a varios trabajadores que en actitud pacífica se paseaban por la plaza de la República.

Los provocadores, posesionados de los puntos estratégicos de dicha plaza, continuaron un mortífero fuego contra el pueblo desarmado, que en la necesidad de repeler la fuerza con la fuerza, corrió en busca de armas con que contestar a tan brutal agresión.

Veinte horas duró la lucha. Varios trabajadores han muerto defendiendo sus derechos hollados y pisoteados por los republicanos federales y algunos otros quedarán inútiles para el trabajo a consecuencia de sus heridas: y si bien no es posible todavía precisar el número de los unos y de los otros, puede calcularse que no serán más de diez entre muertos y heridos.

De los provocadores no pasarán de quince de unos y otros, y todos ellos durante el combate, puesto que después del asalto de los puntos donde estaban parapetados ni siquiera el más leve insulto se dirigió a ninguno de los que habían hecho armas contra el pueblo.

Medidas extremas fueron precisas respecto a cinco o seis edificios, pero entiéndase bien: sólo se hizo porque desde ellos se hacía un nutrido fuego a los trabajadores.

Personas y propiedades han sido respetadas, y hubiera habido que lamentar la pérdida de menos seres humanos si el alcalde Albors, al decir que se rendía, no hubiese sido un engaño que produjo la muerte de los

que fueron a penetrar en el ayuntamiento creyendo sinceras sus palabras, y aun tal vez el alcalde no hubiera sido víctima de la justa indignación popular si al verse en poder de los trabajadores no hubiese hecho uso de un revólver disparando dos tiros sobre los que se apoderaron de su persona.

Seres arrojados por el balcón, curas ahorcados de los faroles, hombres bañados en petróleo y asesinados a tiros en la huida, cabezas de civiles cortadas y paseadas por las calles, incendio premeditado de edificios, quema y destrucción del edificio del ayuntamiento, violación de niñas inocentes, todas esas patrañas son horribles calumnias dignas solo de la lengua de un ministro de la clase media y de la prensa burguesa que de todo esto, sin duda, se consideran capaces”.

En *El Diluvio* del 30 de Abril último aparece una correspondencia de París, firmada por un señor W., en la cual se encuentran preciosísimos datos para juzgar las garantías que la república federal ofrece para la solución del problema social, y reproduzco algunos de ellos para que veáis como el Sr. Carreras, redactor de dicho periódico y orador en Sabadell, promete a los trabajadores para después del triunfo de la república, lo que el Sr. W., su compañero de redacción y *muy amigo suyo, su otro yo*, pudiéramos decir, demuestra que en los Estados Unidos no ha podido alcanzarse. Dice así:

“El individualismo frenético que en aquel país prepondera *ha reducido a los trabajadores a una condición tan difícil y baja*, que lo sorprendente no son las huelgas que estallan, sino, por decirlo así, las que dejan de estallar. La situación de

los empleados de toda suerte de grandes compañías *no puede ser más miserable*, porque *en ningún país del mundo el trabajador está más reducido al estado de cosa que allí...* Ya sabemos que los Estados Unidos son una nación donde no se vive, sino que se delira; y donde toda la vida social está tan subordinada a ganar y tener dinero, que se hace caso omiso de la vida propia y de la ajena a trueque de obtenerlo. No sé por qué los europeos se han mostrado tan escandalizados de los excesos que oían contar de los mineros de California. Todos son mineros los ciudadanos de los Estados Unidos.

En efecto, tan grande es allí la fiebre del oro y la religión de los millones, que esa sociedad hubiera ya perecido sin las instituciones republicanas y federales de que está dotada. Estas instituciones, fomentando extraordinariamente el desarrollo de la agricultura y de los intereses y distritos agrícolas, han impedido que toda la actividad del país se concentrase en el negocio y llevase la nación al borde de un abismo, que de otra suerte no evitara con instituciones monárquicas y centralizadoras. Pero allí hay miles de locos que se complacen con esta vida, y cuando no puedan más con ella se pegan un pistoletazo o van a buscar un albur de la fortuna en empresas que parecen desarrollarse en el mismo seno de la muerte; y millones de trabajadores que parecen no tener conciencia de nada; en cambio comienzan ya a formarse sociedades obreras que protestan contra aquella vida de insensatez y que quieren que la sociedad de la gran

república sea de cuerdos y no de locos furiosos. Las reivindicaciones del trabajo son una cortapisa al furor de la explotación que prevalece; y de aquí la ira frenética con que el capitalismo y el negocio las rechaza”.

Ved, trabajadores de Sabadell, cómo, según el Sr. W., cien años de república federal en una nación nueva, que no tenía que luchar con las preocupaciones y los intereses tradicionales, han producido para los trabajadores una condición tan difícil y baja que no puede ser más miserable, habiendo quedado más que en parte alguna reducidos al estado de cosas.

¡Y para conseguir tan triste resultado se os aconseja que desistáis de vuestras aspiraciones revolucionarias para confiar en “que el partido federal os sacará de la esclavitud del proletariado”!

¡Desistir de las aspiraciones revolucionarias! Algún trabajador ignorante o ambicioso atraerá con sus reclamos el Sr. Carreras y los que como él tanto empeño manifiestan en desviar a la clase obrera de sus propósitos emancipadores; pero las aspiraciones revolucionarias seguirán más vehementes, más pujantes, más indestructibles cada día. Cuando se hallaban en su infancia estas aspiraciones lucharon contra las persecuciones de los gobiernos y las calumnias de los prohombres de la democracia, y salieron victoriosas, ¡cuánto más resistirán hoy que tienen arraigo en la opinión, poderosas organizaciones, grandes medios de propaganda y que se han elevado a la altura de la ciencia tanto como su competidora la política ha descendido al fango del oportunismo y de la vana charlatanería democrática! Y esto será porque es necesario y fatal que así suceda: vendrá la república y con ella los resultados que está

dando en la Unión norteamericana, que el señor Carreras calla en Sabadell, pero que el Sr. W. denuncia en *El Diluvio*, y entonces tendremos subsistentes, no habiendo de esperar a que se formen, las sociedades obreras “que protesten contra aquella vida de insensatez, y que quieran que la sociedad de la república sea de cuerdos y no de locos. Las reivindicaciones del trabajo *serán* una cortapisa al furor de la explotación que *prevalecerá*”.

Ya veis, trabajadores de Sabadell, cómo las promesas del Sr. Carreras para después de la república, sólo pueden dar como resultado la pérdida del tiempo que empleáis en apoyarla y la creación de mayores obstáculos para la emancipación vuestra y de todos vuestros compañeros.

La agitación obrera de los tiempos modernos ha venido a formular un principio y una aspiración perfectamente concretos y definidos, esencialmente distintos de los principios y aspiraciones de los partidos políticos, y en este concepto el proletariado militante tiene vida propia y una misión que realizar, y son inútiles cuantos medios ponen los políticos en juego para absorber y asimilarse al proletariado.

Quieren los trabajadores, y con ellos la razón, el progreso, la ciencia, que la sociedad humana se base sobre este principio proclamado recientemente por la Federación Barcelonesa en su manifiesto:

“La naturaleza con sus dones espontáneos, la ciencia con el rebultado de todas las observaciones y de todos los estudios debidamente metodizados, los medios de producir o aplicaciones de la ciencia a la producción y la riqueza resultante del trabajo de todas las generaciones anteriores, constituyen un patrimonio universal que de derecho pertenece a cuantos viven en una generación”.

Y por consiguiente, todo cuanto se le opone es injusto y malo, y ha de ser arrollado por el progreso en su marcha incesante y majestuosa.

Quieren también los trabajadores que el principio social aceptado por la razón, el progreso y la ciencia se practique, y para esto trabajan, estudian y se organizan, y cuantos vengan a perturbarlos, a separarlos de su propósito, a dificultar sus trabajos, dificultan el progreso, prolongan los males producidos por la espoliación sistemática a que viven reducidos los trabajadores y contribuyen a la obra de despojo y envilecimiento que desde los orígenes de la sociedad humana vienen realizando hasta hoy, hasta el día de las grandes reivindicaciones, los detentadores del patrimonio universal, los que monopolizan *nuestra* tierra, *nuestra* riqueza y *nuestra* ciencia.

¿Qué nos proponen los republicanos?, quieren que abandonemos nuestra misión reivindicadora, progresiva y justa para que nos inscribamos en el censo de su partido y, como *buenos ciudadanos*, asistamos a sus reuniones, tomemos parte en las elecciones de sus comités, admiremos la elocuencia y sabiduría de sus prohombres, aplaudamos sus discursos y llenemos los ecos con las aclamaciones de nuestro entusiasmo; esto durante el periodo de elaboración hasta la proclamación de la república. Después quieren que votemos nuestros Ayuntamientos, nuestras Diputaciones provinciales, nuestras Cortes, constituyentes y legislativas, y llegarán hasta declararnos a todos desde veinte o veinticuatro años en adelante electores y elegibles, porque en la república, si no lo arreglan de otro modo los sabios, todos seremos ciudadanos iguales ante la ley, y por consecuencia, en una misma urna electoral se encontrarán fraternalmente reunidos los votos del noble, el cura, el militar, el propietario, el industrial, el rentista, el hombre de

carrera, el obrero, el labrador, el peón y el gañan; pero estos últimos, como dice el manifiesto antes citado, “entregados desde la más tierna edad al trabajo y careciendo de todo medio de ilustración, trabajarán siempre, y, como única participación en los beneficios democráticos, *votarán a sus gobernantes*. Tampoco pueden hacer otra cosa, ya que ignoran las leyes en que se basan la constitución y administración de los pueblos, a causa de la proverbial forma de embudo que los ciudadanos desde burgués arriba han dado al famoso pacto social. For eso los ricos y los sabios son naturalmente los llamados a tener por el mango la sartén democrática”.

Quieren los republicanos que, aceptando la ley de la evolución tal como sus sabios la definen, esperen pacientemente los trabajadores a que se decrete el momento oportuno de que los desheredados dejen de serlo, y como esta oportunidad no se presentará nunca, los hijos del privilegio siempre tendrán ocasión de alcanzar las posiciones sociales ventajosas, de ofrecerse a la admiración de las muchedumbres, y nosotros, pobres desheredados, o más bien despojados de nuestra participación en la herencia social, siempre seremos, como individuos, pobres trabajadores que se consumen en la ignorancia y las privaciones, y colectivamente, en el lenguaje político, cuando convenga adularnos, *el pueblo*, y cuando crean prudente dirigirnos alguna censura, las *masas inconscientes*.

Nada de común hay, pues, entre los partidos republicanos nacionales y el proletariado militante universal. Ellos, los republicanos, autoritarios nacionalistas, tienen acreditado por la práctica en las naciones donde dominan que sólo son una variante del principio autoritario, el cual no quiere soltar su presa, y que a cambio de dominio transige con las palabras: monarquía absoluta en un principio, transigió con la burguesía

revolucionaria, y admitió la monarquía constitucional, y se prepara hoy a proclamar la república, reclamando el concurso de las clases conservadoras y la sensatez y prudencia (paciencia debieran decir) de los trabajadores, para continuar indefinidamente. El proletariado con la fórmula indestructible y científica *No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes*, condena el pasado histórico. No más deberes sin derechos; es decir, la sociedad pasada cuya base ha sido la tiranía y la explotación que ha pesado siempre desde el esclavo hasta el asalariado, ha de cesar desde el momento que seamos fuerza suficiente por la instrucción que nos procuremos, por la organización que nos demos y por el dominio de la opinión que hemos de alcanzar. No más derechos sin deberes; es decir, los privilegios que fundó el fuerte y el astuto y perpetuó el legislador y conservaron los gobiernos, han de caer con todo el artificio que los sustenta para que sobre sus ruinas se establezca el nuevo organismo social basado sobre la reciprocidad completa y absoluta entre los deberes y los derechos.

Ahora, para rechazar la acusación de indiferentismo y excepticismo que los republicanos lanzan sobre los trabajadores socialistas, creo oportuno poner a continuación los siguientes párrafos de mi artículo “No hay dogma político”, publicado en el número 3 de *La Luz*, periódico libre pensador de Barcelona. Dicen así:

“En nuestros días los partidos políticos radicales (no incluimos los reaccionarios, porque éstos prescinden del pueblo, confiando sólo en la adulación de los expoliadores y acaparadores de la riqueza pública) continuando la tradición, quieren imponerse al proletariado, y al verse sin el elemento popular, como un estado mayor sin soldados, acusan a los

trabajadores de indiferentismo y les hacen responsables de los males sociales y políticos que actualmente se sufren.

Hé aquí el asunto que nos proponemos: en nombre de la libertad de pensar, rechazamos la imposición de toda idea, y en nombre de la honradez y la justicia, rechazamos la calumnia que acusa de indeferentismo al proletariado militante.

Si todo individuo tiene derecho a pensar de la manera a que su modo de ser le incline, y por otra parte el pensamiento, libre de la fe, es un acto puramente individual que rechaza la imposición de todo dogma, claro es que el obrero, hombre como cualquier individuo de toda jerarquía social, no puede exceptuarse de esta ley general y tiene también derecho a tener ideas propias, si bien sujetándose al deber de aplicarse al estudio para de este modo poder manifestarlas y demostrarlas.

Si muchos obreros unidos en un pensamiento común, demostrable según las reglas universales de la lógica, forman partido o escuela y quieren terciar en las luchas de la inteligencia para encauzar con arreglo a su criterio la marcha del progreso, ¿quién osará con justicia oponerse a sus propósitos?

Desgraciadamente lo irracional, lo injusto tiene siempre interesados partidarios, y los partidos democráticos se encuentran en este caso exigiendo a los trabajadores que aplacen el estudio de los problemas económicos, que

abandonen su organización encaminada a alcanzar sus reivindicaciones sociales, para afiliarse a un partido político. ¿Cuál? Cada uno de los innumerables en que se divide la política española los querría para sí, y no escasearía por eso las excomuniones contra los trabajadores el partido que se quedase sin recibir el contingente que espera.

¿En virtud de qué principios exigen los políticos ese aplazamiento? Claramente se deduce. Todos quieren hacer la felicidad del pueblo, quieren proteger a los trabajadores, porque (es necesario decir la verdad) les consideran como incapacitados, como menores que necesitan tutela eterna, y no consideran, porque no les conviene, que al rechazar esa tutela los trabajadores han empezado ya la obra de su emancipación, proclamando bien alto que ésta sólo es posible como obra de los trabajadores mismos.

Convenimos, porque así es cierto desgraciadamente que los trabajadores no han realizado su unión en la cuestión de conducta, profundas divisiones dificultan la reunión de todas las fuerzas proletarias en un solo haz, pero los cooperativos, resistentes, colectivistas y los del partido obrero, todos están conformes en un principio: organizarse como clase fuera de todo partido político burgués, y en una aspiración: sustraerse a la explotación y alcanzar la completa emancipación social.

Dirán aun los políticos que los trabajadores son unos ingratos que no escuchan a los que quieren protegerlos; pero olvidan que la protección envuelve la idea de superioridad e

inferioridad, y los que la rechazan inspirándose en su propia dignidad, tienen conciencia de su derecho, y además memoria, y no quieren sufrir un desengaño más.

¿Qué diremos ahora de la acusación de indiferentismo lanzada contra los trabajadores que no quieren ser protegidos, o mejor, que no se prestan a ser instrumentos de ambiciones políticas? Sólo podemos darla la calificación que en justicia merece: es una miserable calumnia.

Al iniciarse la línea de conducta que viene siguiendo el proletariado, un popular escritor acusó a los propagandistas de esta idea de ser instrumentos de los jesuitas; véase *La Igualdad*, de Madrid, en sus números de Junio de 1870. La calumnia se ha transformado según lo que se ha ido presentando más odiosa, más impopular: unas veces el oro carlista, otras el del gobierno, y aún el de Bismark, y por último se ha abandonado el oro, para dar la forma más repugnante a la mentira, se nos ha acusado de indiferentes.

Si los portavoces de la política renuncian a convencer, es porque carecen de razones, y tácitamente reconocen que los trabajadores están en su derecho. Si no convencen e insultan, peor para ellos: la verdad resplandecerá, y a su luz quedará manifiesta su negra conducta; porque ténganlo bien entendido los políticos, con ellos o sin ellos, pero de todos modos sin su protección, los obreros alcanzarán su emancipación social”.

y por mi propia conciencia, que no me permitían dejar sin réplica las afirmaciones que el Sr. Carreras tuvo a bien presentaros en su discurso respecto a los principios, conducta y aspiraciones de los trabajadores anarquistas. Me he limitado a hacer la refutación de aquellas afirmaciones, indicando como de paso y en lo que al asunto convenían los principios acráticos o anarquistas, que acaso otro díalos exponga más extensa y detalladamente, y he procurado ceñirme, tanto como he sabido hacerlo y la especie de trabajo lo permitía, al respeto y tolerancia que se merecen las opiniones del contrario; réstame ahora repetirme vuestro amigo y compañero.

A. Lorenzo.

Barcelona 21 Abril de 1886.